CERRAZON SOBRE NICOMACO

EFREN HERNANDEZ

CERRAZON SOBRE NICOMACO

FICCION
HARTO
DOLIENTE

México 1946

Propiedad Registrada

I

SÉ querría en ocasiones de exacerbada angustia, cabalmente en tanto no se logra desahogo de llanto, mandarlo lejos todo; a la tiznada todo, todo lo que se aprieta adentro, o expresarlo.

(Sino que nadie lo hizo, hace ni hará, hasta quedar realmente satisfecho).

De aquí, el cantar en grande, de los grandes; de allá, el anhelo de huir, de dormir, de morir, de los pequeños.

Pongamos como ejemplo, a éste, este infeliz a quien un duro viento tornátil, sacudió; y aun no llega a bien volver en sí, de sus desmayos, y ya, desde su semiatarantamiento, empieza a contemplar atónito las torturas que acaba de pasar, y se tiene a sí mismo, más por tercera persona, que por sujeto activo de su propia tragedia; pues, en su fuero íntimo, no se creyó nunca tan fuerte, tan doblado, ni, digámoslo sin misericordia, lo suficientemente duro para soportar tanto.

Pongamos como ejemplo a éste. Muy bien, pongámoslo. ¿Conseguiría él, acaso, dar a probar las hieles, cuantificar la sangre, hacer vivir a otros el cruento temporal de su tragedia en toda su magnitud?

No puedo decir que me hallo en mi entero juicio, en el goce de todas mis facultades. Sobre mucho, erraría. No así, en lo que vengo asentando. Al respecto, más bien sé lo que digo, que el judío sus cuentas, y la mujer sus hijos.

¿Dudáis? Allá vosotros.

Mi nombre es Nicomaco; mi apellido, Florcitas. Nací a la media noche, en mitad del invierno; cuando callada, a obscuras, con gran desolación reina la blanca nieve.

Sentía un vago espanto, ardor en la tierna epidermis nueva, no hecha todavía a las sales de este mundo; dolor de herida y de anudamiento en el cordón umbilical; infrapresentimientos, sueño y frío.

Dicen que sonreía con perfecta inocencia, que a pesar de que lloraba y no tenía dientes, hacía semblante de que como que sonreía.

No paré en lo que digo; por sonrisueño, me encontraron un nombre: *"Estrellitas,"* Nicomaco *"Estrellitas"*.

Y sí, muy cierto: de continuo me creí y sentí subido en las estrellas. Mas, de pronto, en un momento, sin saberlo, esperarlo ni temerlo, con golpe dado a hurto y como por detrás, fuí arrojado hacia abajo.

Todo ha pasado ya, por gracia. Ya me asombré, dudé, creí, me agité, naufragué en la sinrazón, perdí el sentido, y desperté a intervalos; cada vez más lejano, lavado, desprendido de aquello, que, con serme tan extraño, estuvo tan en mí y se apoderó de mí en forma tan horrenda.

Actualmente puede ser la hora aquella en que, fortalecidos por el reposo y desoxidados y blandos a la renovación de sus jugos —bien así como el ojo que ha plegado el párpado y logrado llorar— los miembros corporales, y las cargas del alma, no se sienten; pero también puede ser aquella otra, en que un dulce cansancio se levanta, tenue e ingrávido, en nosotros, a la manera de la luz, aunque muy triste y lánguida, sin verdaderas

penas, de la luna, mientras nace rodeada de estrellas, por un instante todavía invisibles.

Es de ser recordado —por eso lo traigo a cuento— el hecho de que no siempre confundimos, tomando uno por otro, el medio abrir de la mañana, y el entrecerrar de la noche.

Qué estado crepuscular; si no me ayudaran ciertas reminiscencias, no sabría si vengo del desconsuelo y voy hacia el descanso, o si desde la paz camino al desconsuelo. Estoy en el medio, no de un día o noche, de un crepúsculo.

De mí; pues pasé lo que pasé, y tengo noticias mías, sé que renazco, y que si en días he sido, o no, hombre mortal, ahora cosa al-

guna bastará a deshacerme, cosa alguna conseguirá arrancarme, como a un suspiro, pez o perla, del mar de la existencia; pero, de la luz del mundo, no sé si viene o va.

Es que duermo y despierto sin ley, que aparezco y me pierdo, sin relación con el volver del mundo ni con la circulación de las estrellas.

Me halláis convalesciente. Esta vez empecé a abrir los ojos, hace —dentro de este ambiente sin tiempo que es como un marzo sin aire, océano sin ondas, vena sin pulso, u órbita donde no se conoce el parpadeo— un momento tan largo, como los dos brazos de una estatua, entreabiertos.

Ahí hay árboles, lienzo azul, gasa indecisa

en trocarse, si en objetos blancos o de tintas muy pálidas en la imaginación, en recuerdos muy débiles, o en nubes; y un estanque entre trébol y pasto y otras yerbas pequeñas.

No muy distantes de mi, a ambos lados, cuando no me engañe, deben permanecer otros convalescientes —tal es el destino que se da a este lugar— y enfermeras, e insectos, y más, de que no cuido. Lo único que enciende mi atención es el estanque.

¡Oh, el agua humilde, útil, preciosa y casta! Jamás, mientras la veo, ceso de tararear, *in mente,* el ánima a que deben su origen y sustento estas palabras con que nos la hace comprender, en su Cántico al Sol, el pobrecito. En quietud, me suspende; de que corre

o se estremece en quiebres pequeñitos, me amariposa y llena de vivacidad; su hondura, me desmaya, su olor, mitiga mi sed, casi tanto como la enlunada muerte; pero la innumerable gama y muchedumbre de formas con que canta, me endereza y trueca, no sé si en caña al viento, o batuta abismada, silvestre y sideral.

Y no me hagáis el feo. Yo no sabría evitarlo; de nacimiento estoy a medias cuerdo. Soy el medio loco que nació para acabar de enloquecer al ver, oír u oler el agua.

He aquí, soy el varón del agua; aquel cuyo destino, si ya no es que haya comprendido mal a Dios, es llegar a ajustar en el dócil cristal cambiante de su versátil mano movediza, mi sortija.

Dentro del agua se halla todo lo que no está en ella, como en la inteligencia. Aunque no se le mire, ahí está, como en la inteligencia. Como en la inteligencia, si se bucea en el agua, se va encontrando más y más, indefinidamente.

Fuera del agua, deseo suponerlo, hay varias piedras, un abedul, ganados; acaso unas colinas, el monte, el cielo, el sol...

Desde tal o cual punto, puede no verse más que una porción del abedul, y una garra, del manto del cielo, suelta.

Pues, si se busca la forma, se acabará por encontrar, el abedul entero, las piedras, las colinas, lo restante del manto sin orillas, el monte, los rebaños, todo, en suma, todo

cuanto existe, menos la propia agua, como la inteligencia, que no acierta a mirarse en su substancia.

Toda mi vida he sido así, toda mi vida. Ved al bobo del agua. En mis mejores horas, suyo he sido con todas mis potencias. No obstante el negro tren que forman mis larguísimos pecados, dentro de mí hay algo totalmente inocente, que no tiene la culpa...

Ello se me revela cuando contemplo el agua. El agua acude a mí, no tengo sed, mi inteligencia luce, es como el agua; entonces no se me atraviesan las pasiones.

Yo sé que la sequía mantiene los desiertos, en el mundo; en el cuerpo, la sed, y en el alma, el pecado. En tanto, junto al agua se congrega el verdor, rondan los animales y florecen los pueblos.

Por el agua la flor, y la sensible estrella que se condensa a pares, y es la forma más viva de decir: —¡Oh ciencia de la ciencia!— Detrás está la mente. Moveos, piedras, compadeceos, impíos, enriqueceos, sedientos.

Dicen que el Paraíso bajo era mucha agua. Que aguas corrientes, múltiples, corrían entre otras muchas ondeantes, y no menor acopio de otras adormidas. Que ahí, un millar de cielos recostados, tendidos, a la

mano, bordeados de flores, como nunca el de arriba.

En partes a la luz, en partes a la sombra, cuántos espejos de agua contestaban a coro cada árbol, cada hoja, cada fruto, y cada estrella y luna y sol. Y Dios mismo, ahí se complacía infinitamente, y le hacía mucha gracia mirar, que en cuanto entraba, corría la misma suerte que aquel trozo de vidrio que llegase a caer en el vidriero de un caleidoscopio.

Un insecto me ha dicho sin rodeos: Francamente, perseguimos las lámparas, caemos en su llama, porque las confundimos con los vidrios quebrados que estrellean en el agua.

Y aquella a quien sucesivamente fui llamando: mi aspiración, mi amor, mi bien, mi

compañera, mantuvo siempre, en vida, tal institución ácuea en sus ojos.

Sus ojos fueron como inmortales valles inundados de un agua que transparecía y se mostraba como eterna.

Mas hay que imaginarlo bien, sus efímeros ojos fueron como perennes prados tempraneros, anegados, como ondeantes valles bajo un vidrio simplísimo, cual todo un paraíso visto más allá de una cortina de agua desplegada.

Y ahí, con polarización muy alta se reflejaba todo, para siempre, creí yo; para siempre, tal creí.

A qué entrar en pormenores de: la ví y no supe más que de sus ojos. La vi y descubrí el salto que iba —como del cristal pla-

no al esférico— del agua tendida de los charcos, a las redondas aguas biseladas y en alto, de sus ojos. La vi, y el mundo retornó a la nada. La vi, y para mí, no existió ya nada aparte de sus ojos. La vi, y el sol, la luna y las demás estrellas desaparecieron. Y mi único sol fué el de sus ojos. Y en torno de sus ojos, a partir del punto en que ellos acababan, todo era tinieblas.

Y como ocurre, por un espacio, a aquel que ve el sol de frente, aunque luego se fueron, seguí viéndolos; pues, a filo y fuego, quedaron para siempre en las telas de mi alma troquelados.

A qué, decía, entrar en pormenores de esto, ni de lo que fué en seguida siendo. Ya

todo mundo sabe cómo marchan y a qué conducen estas cosas, cuando marchan.

Soplemos, pues, como hace el tiempo sobre nuestras vidas, soplemos sobre el canto del cuaderno que se hace de estas hojas. Vayan pasando hojas no leídas; no leídas ni escritas, vayan pasando hojas.

II

ADIE menos que el propio y mismo Jefe Titular de la H. Dependencia del Ejecutivo, en donde yo, al igual que todos los demás de ahí, —acéptemese este rasgo de sinceridad— no trabajaba;

dicho en otras palabras: el jefe del jefe, del que a su vez lo era de aquellas dos o tres docenas de sujetos, que no servíamos más que para hacer difícil, cuando no imposible, la recta administración de los derechos de los inermes y tristes ciudadanos de un país tan bello como sin esperanza; en telegrama de carácter tan EXTRAURGENTE, que logró zurcar en menos de dos meses toda la Oficialía de Partes, me mandó llamar a mí, Nicomaco Florcitas, oficial cuadragésimo adscrito a la Oficina de Vigilancia, Desempaque y Consolidación, a que ante él en persona, me presentase también personalmente.

Una de las cosas más raras en el mundo: mi fe en mi mujer; y otra no menos rara: mi conciencia tranquila, diéronme fuerza

para sobreponer al temor la esperanza, y penetrar sin amilanarme, antes un tanto engreído por la distinción, al imponente y misterioso despacho —a tantos inaccesible— de su excelencia, el señor ministro, que hablaba a diario con el señor Presidente, era dueño de todos los hoteles, y nunca se ponía traje de tela que pesara punto más ni menos de los no sé cuantos gramos que ha de pesar, por metro, el casimir, si quiere, sinceramente, llegar a ser reconocido como del de la más excelente calidad.

Con el sombrero en alguna de las perchas de la oficina de mi adscripción, los ojos bajos, el oído enhiesto, afilado y sin párpados, los zapatos ya más en el otro barrio que todavía en éste, los codos entreabiertos; mas

sin hablar, ni por ellos, ni por ninguna parte; en cuanto fui llamado, desplegué el telegrama de que se ha hecho mención, y aguardé.

El Excelentísimo Señor, volvió hacia mí sus ojos, dió orden de despejar la sala, que no quedara nadie, descolgó las cortinas, desplegó un volumen impresionantemente grueso, amarillento y grande; se sentó ante éste en el sillón de honor de su escritorio, y entrecerró los ojos hundido en pensamientos. Luego ensartó con su mirada el techo, y como si hablara en nombre de las vigas, empezó a decir que sí con movimientos de cabeza. Finalmente, en un tiempo en que yo ya hasta empezaba a divertirme y a contar las bolitas de una de las filas de bolitas que marchaban

al sesgo en su corbata, despegó los labios: —¿Seguirían aceptando, las vigas, su mirada?—.

"Va usted —murmuró— a llevar a toda prisa y dentro del mayor secreto, este paquete, a cuatro personas cuyo nombre y dirección no me es dado revelar.

Póngase en acto desde luego.

Y no haga más preguntas.

Puede usted retirarse".

Y el telegrama en que se me reclamaba, decía: "Recomendaciones su discreción y eficacia, persuadídonos han confiarle patriótica, vital, importantísima misión. Caso éxito, será recompensado con profundidad. Ante nos preséntese, rayo".

Jijo! Recomendaciones, discreción, paquete, profundidad, misterio, rayo...

¡Pies, para cuándo son! Ya nos despediríamos otro día en que se contara con mayor espacio. Derechito corrí, derechito, derechito, como dardo automático, hacia el bendito blanco de aquella dirección nunca indicada.

Aquella, madre mía, aquella y no otra era mi ocasión. Mal año para la caída de Troya, para los malos pasos del Príncipe Ricardo, para la rendición de Madame Pompadour, y hasta para las tres caídas de la semana santa.

Tan sin zumba venía, tan sin zumba, que sólo hasta cuando ya era harto extemporáneo, vine a acordarme de que se me había

olvidado bajar las escaleras de la Secretaría. Menos mal que cuando caí en la cuenta y volví en mí, ya había acabado de atravesar la calle, y no descendí sobre el asfalto entre los vehículos del tráfico, sino en plena Alameda, sobre el césped de un prado, que, por dicha, no había sido rasurado en más de un mes.

Caí sobre mis pies, y aunque toditito me doblé, logré rehacerme y continuar la marcha.

Y no fué maravilla; que no era aquella la primera vez que el caso sucedía en el mundo. La primera, aunque de menor altura, me sucedió también a mí.

Dios, que sabe si es invención mía, castígueme si miento; y si una sola de estas ben-

ditísimas palabras que aquí trazo no se apegare estrictamente a la verdad, condéneme a pasar toda una desvelada, cada noche, esperando el tren en la estación más triste y más desamparada del país.

Empezaba ya a moverse el tren; y el amigo del alma que partía, no llegaba a poner cumplido término a los asuntos que él quería que realizase yo durante su inminente y cuasi definitiva ausencia.

A fin de que no se me escapara algún detalle, a lo largo del andén yo me movía tras sus palabras, procurando acomodarme a la celeridad creciente del convoy.

Ya, no obstante haber llegado al rendimiento máximo de mis entonces juveniles

piernas, la ventanilla desde la cual se me hablaba iba ganándome ventaja.

—Y, por favor, no se te olvide visitar en mi nombre a la japonesita...

Y entonces, exactamente entonces, fué cuando me sentí en el aire, por un espacio, a lo más, cuatro veces menor que aquel en que canta un gallo.

¡Oh Dios!, y cómo, cuando todo pasó, quedé lleno de pasmo. La obscuridad, la carrera, el repentino acabarse del andén, el brevísimo plazo inaplazable con que contara para volver, desde mi inadvertencia, hasta el acoplamiento de mi situación real con mis pensamientos; y todo lo demás, y había conseguido seguir corriendo, y no era pájaro.

Gracias, paradójicamente, al vuelo mismo,

me libré. Lo que es, si hubiera venido un punto menos veloz, de aquella no me escapo.

Así ahora, sino que el paquete no se hallaba en mi caso; él era importante, no estaba hecho a percances de poco más o menos, sufría la peripecia por primera vez, le faltaba experiencia y venía confiando en mí. Así es que, inocente, se escurrió de mis manos, y dando tumbos, volteretas, topes, se deshizo y dió a luz un pliego guinda, un cuarto de litro, un trío de dobledecímetros, diez gramos de violetas y un estruendoso dïeto de guantes escarlata.

Desde que me noté sin carga, no quedó en mi cuerpo una sola gota de sangre que

no bajara a mis pies. Intensamente pálido, desvencijado y triste, rayé el césped, conseguí detenerme, y, con desgarradora reversión volví por los objetos caídos.

¡Ay negra, negra suerte! Qué esquiliano espectáculo recogieron mis ojos; tal como si el campeón de los aparadoristas los hubiera dispuesto, así quedaron. Hubierais visto el pliego guinda, desplegado, aletear airoso sobre un macizo de amapolas amarillas; el medio litro de lámina cromada, con su asa naranja, de pie sobre el único remiendo negro de un pavimento de mosaicos marfilinos, y en medio de los tres dobledecímetros en posición de flechas encargadas de encaminar los ojos hacia él, y un mano a mano de guantes escarlata, con violetas, brillando como bra-

sas sobre las que soplara un fuelle, encima de, precisamente, el césped más tupido y verde que se podía encontrar en cien metros a la redonda. Llamaron la atención en forma tal, que todos los merolicos del contorno se quedaron hablando solos, según fué la competencia de que fueron víctimas, de parte de aquella inopinada exposición de los objetos que se me había encargado conducir en secreto a su destino.

Mi primer impulso fué echar a correr. Esto hacen otros. El ladrón que se siente descubierto, el amante denunciado al marido, el chofer que atropella a un transeúnte, el espía, el incendiario, el traidor, pasada su torpeza, se apresuran a huír. Pero yo, Nicomaco, que soy dueño de dos sustentos: mi

fe en mi mujer, y mi conciencia, en lo hondo tranquila, oí ahí que Nicomaco decía, entre sí, a Nicomaco: "Serénate, mi viejo. ¿Qué va a pensar tu mujer? ¿Ella es de las que corren, de las que se ocultan? ¿Acaso, cuando quema con la plancha una de tus camisas, la encuentras debajo de la cama? ¿y, si se le sala el guisado, detrás de la cortina, en el último cuarto, en la intrincada selva, adentro del ropero? ¡Junta, junta esas cosas!"

Concedí. Por cierto que me costó harto trabajo; no podía hacer caber los objetos, no acertaba a rehacer los dobleces, no alcanzaba el mecate.

Al fin, por mi dicha, una buena mujer

que, al ir al mercado, me había visto en mi apuro, y al volver todavía me encontró afanado en lo mismo, me ofreció una de las dos bolsas en que traía su mandado, diciendo: "No le obsequio la otra, porque, pues, vine sin delantal, y es un recuerdo de familia. ¿Le gustan las zanahorias? Crudas, y con azúcar, son de lo más delicioso. Adiós. No me olvide en sus rezos".

Callaban las campanas. En lo alto se habían ido acumulando gruesas nubes. Naves de acero de la mar de los aires, ellas disparaban contra ellas fulminantes relámpagos, y la ciudad fué repentino blanco de los cientos y cientos de sus ametralladoras de balas de cristal.

Su Excelencia, el señor Ministro, me esperaba. Desencajado, verde, humeando cabellos, me arrebató la bolsa.

—¡Maldita nuestra estrella! ¿Sabe usted lo que ha hecho? Y ustedes —tronó, dirigiéndose a dieciocho sujetos que, atados, y hechos montón como de palos o costales se veían en un ángulo, sobre una alfombra persa— ustedes, que me lo recomendaron, ustedes, a este porfirista, antirrevolucionario, analfabeta, antípoda, retrógrado. ¡Maldita nuestra estrella! Al gabinete con él.

Dos policías me arrastraron a una puertecita tan angosta, que parecía mi ánimo.

Heme ahí, en el water, water closet, claustro de aguas, el cual, una vez cerrado, no tenía otra salida que por donde se iba el agua.

Resignado, me senté en la cabecera de la tina, con los pies para adentro.

La llave goteaba: tastás, tastás, tastás. En el borde de su boca, de un lado, se formaba una gota. Esta engordaba con lentitud. Antes que llegara a tener el peso necesario para desprenderse, otra, que se formaba del otro lado, engrosaba de prisa, corría bajo el borde, se incorporaba a la primera, a tiempo en que ésta había ya madurado, y, tastás, casi al mismo tiempo caían las dos; de manera que no se oía, tas, tas, tas; sino tastás, tastás, tastás. Descendían con el rápido movimiento de un pico de gallo, que comiera, uno tras otro, dos granos muy próximos entre sí, luego otros dos, ahí mismo, y luego otros, y otros, indefinidamente.

Yo veía lo que digo: pero, como la llave me quedaba entre las piernas, otro habría pensado que yo estaba terminando algo que había hecho por necesidad; o bien, que todavía estaba haciéndolo; pero que era estreñido de ahí. Con objeto de quitarle la idea, abrí la llave hasta obtener un chorrito. Finalmente, para acabar de darle en la cabeza por completo, abrí la llave a todo lo que daba, y gocé una satisfacción tan grande, que así quise quedar hasta que acabó la tarde y todo se puso obscuro.

Esta satisfacción me duró poco; había sido tan viva, tan viva, que en un decir Jesús se consumió a sí misma, dando lugar a un extraordinario desconsuelo, muy semejante al

hambre, al sueño, al frío, al fracaso y al miedo, todos juntos.

Mis ojos empezaron a mojarse, a hacer tastás como la llave. A poco, en cualquier momento, alguien torció algo, dentro de mí, enteramente, y me deshice en llanto, y he aquí como, sin quererlo, salí de ahí por la única salida ahí posible, que, como llevo dicho, era por donde se iba el agua, y fuí a surgir, hecho una sopa, al mismo tiempo que la luna, en pleno campo.

Mal acababa de dejar el río, oí mi nombre: Nicomaco, Nicomaco.

—Qué húbole, qué hay, me puse a responder, en ese idioma de gárgaras que en-

sayan las garrafas mientras las están vaciando.

—Ajá, con que usted sí es; pues eso es todo lo que deseábamos averiguar. Acompáñenos.

A empellones me metieron en un coche, y con gran celeridad me condujeron de nuevo ante el ministro.

De los dieciocho amarrados, ya no había más que tres.

A mi llegada, arrastrando la alfombra, los transladaron hasta el hundido fondo de la sala, y allá los cubrieron con papel y tapetes. Ipso facto, los ejecutores, sin duda en obediencia a indicaciones previas, nos vol-

vieron la espalda, y permanecieron con la nariz pegada a la pared.

—En rigor, sentenció el ministro, usted debería ser fusilado. Sujetos como usted, escapan rara vez del paredón. Por fortuna, el destino me ha puesto en su camino. Firme aquí, que me vende doscientos cincuenta mil pesos de caballos... y todos tan amigos.

—Señor, yo no tengo caballos.

—No le hace, firme; sólo se trata de igualar una insignificante cuentecilla. Ande, firme. A usted le tocan ciento veinticinco pesos.

—Señor ministro, lo malo es que ayer mismo, en una recepción, a todos los presentes

les anduve contando, a todos, que en mi vida he tenido ni pizca de caballos.

—Un momento, escúcheme; si firma, yo respondo del resto, todo se lo perdonamos, lo hacemos jefe de oficina, y le abonamos, por ahí, un regalillo de cuarenta mil.

—Señor, con su perdón, lo han engañado, yo no tengo caballos, no los tengo.

—O no me entiende, o no quiere entenderme. Escuche:

Promesas, amenazas, argumentos, súplicas, lisonjas, todo lo supe oír; pero cuando, al fin, agotados sus recursos, fatigado, y ya sólo por desahogo personal, me apostrofó de burro, no lo pude sufrir. "Ah, conque ya vamos así, ya burro y todo" —me dije— "Sal

Nicomaco, sal; muestra quién eres. Ya el gran señor habló, ahora va el pequeño":

—Lo sé, señor; soy burro, más que burro; pero no adrede, créamelo, excelencia. Nada menos ahora, siento lo mucho que pueden llegar a pesar unas orejas. Oh, y quién pudiera trocarme éstas, por unas chiquititas, chiquititas, donde no pudiera caber una palabra. Una cosa es, que uno, por exceso de inocencia, se entusiasme en exceso, se atolondre y dé lugar a que se le escape algún paquete, y otra muy diversa, que se sea porfirista. Y también es diverso ser bonachón que merecer la horca. Lo que sí me parece verdadero, es, que en este mundo, ser limpio y ciudadano, es tanto como ser miserable y desdichado. Ahora ya supe cómo se

puede llegar a jefe de oficina; mas no me dé Dios vida para llegar a saber cómo se llega a jefe de departamento.

—Lo cierto —dijo, como muy cansado, el excelentísimo señor— es que yo cada día me enredo más, me enredo más y más. Haz cuenta... pero, antes, perdona la confianza, hay cosas que no pueden decirse más que hablando de tú a tú. Haz cuenta que deseas posesionarte de un castillo, que tú sabes que para entrar en él, precisa atravesar un pasadizo laberíntico, lleno de telarañas. Tú te dices: Y bien, qué con las telarañas. Prisiones para moscas. Un hombre muy bien puede burlar cualquier cantidad de telarañas. Entras, al principio, sólo un poco de incomodidad; sin embargo, llega un momen-

to en que sientes que te ahogas. Así estoy yo ahora; aherrojado, materialmente aherrojado en telarañas. Tú eres joven todavía. Tu apariencia no indica tu temple. La razón es tuya. Tarde he venido a comprobar que, sin razón, no hay fuerza. No hagas como yo, si no quieres acabar como yo, o ir más delante y acabar peor que yo.

Casi simultáneos, tronaron, el pestillo automático de la puerta por donde salí, y el disparo con que el excelentísimo señor ministro puso fin a su existencia. Por cierto, a aquel suceso, todo el mundo político hizo como que se espantaba y padecía; pero, a los ocho días uno solo no se volvió a acordar de él.

En la calle, ni un alma. Imaginaciones

sí; que a todas partes lleva uno lo que trae adentro. La del señor ministro, recién arrojada de un mal cuerpo, se entraba en mi cabeza, hasta mis cejas. Como un sombrero bajo y apretado, se extendía ante mis ojos, como el ala, demasiado colgada, de un sombrero negro.

"Levanta el vuelo, oh alma atormentada, ¿o es que pesas más que el aire y no puedes subir?"—dije, más por conmiseración que por incomodidad.

Por lo demás, ni un alma. Puertas cerradas, sí; cortinas de hierro descolgadas, candados y cerrojos; detalles de paredes, mis propios pasos. Una esquina, otra esquina.

"Ya son las cuatro"—dijo uno, de dos que

venían en dirección contraria a la mía—. "Ya las cuatro"—dijo con un suspiro el otro—. "Ya las cuatro". —"Pues es verdad. Y está por acabar el mes de agosto. Si parece un sueño". —"Un sueño, sí, un sueño. Se diría, que hace un momento, todavía éramos niños".

Y pasaron.

Ahora, un coche, uno solo, daba vuelta, más de dos o tres cuadras más delante.

Me enteré de la existencia de las luces de los focos, cuando se extinguieron.

Ah, y el cielo. Nunca lo había observado así. Siempre me habían parecido sus estrellas, como pegadas en un plano. En aque-

lla ocasión, numerosísimas, se apiñaban como nunca, en verdaderas piñas, colgaban a manera de candiles de cuentas, o racimos, flotaban sumergidas en espacio, no estaban pegadas en un plano.

Amaneció.

Yo tomé asiento, no sé, en algún asiento que me deparó el acaso.

Y, más o menos a la hora en que mi mujer debía volver del mercado, tender las camas, preparar la sopa, o cosa semejante, el mentado Nicomaco, en vez de hallarse en la oficina procurando el pan de cada día, contemplaba —Oh, y quien pensaba, ni en el día de mañana o los políticos suicidas— ciertos aros que se hacían en una extensa fuente, cada vez que el agua, abriéndose paso a

través del surtidor cerrado, desbordaba el más amplio y bajo de los platos, y caía una gota.

III

NTRE la línea anterior, y ésta, se interpone toda una verdadera eternidad.

Cuidado con las ligerezas de concepto; ya sé que de un millar y dos, más de mil van a pensar en algo largo, largo; dura y dura; pero,

sinceramente, hoy no tendría paciencia para puntualizar materia tan secreta, ni solvencia de espíritu suficiente para pagar tamaña mercancía.

Sólo por necesidad, y no con más de dos o tres palabras, tocaré, pues, de paso y atropelladamente, la orilla de sus campos.

Menor es la distancia que va desde la tierra resquebrajada y seca, hasta el unido ojo reluciente en humor clarísimo y sereno; que desde las lentas y cargadas horas, hasta el constante espejo que las aúna todas.

Es claro, a más inteligencia corresponde más asombro, no menos misterio; pero, entre todos, aquel que más se abisma, es el que pesa menos.

Dicen que no hay mejor salsa que el hambre; así también dirán que no hay como la sed... Mas esto ya es marxismo, economía; vuelta al becerro de oro y al plato de lentejas. Dejemos a los muertos que entierren a sus muertos; yo iba hacia algo vivo.

El agua deseada es, a un sediento, lo mismo que a cualquier otro sediento; hombre, camello o pájaro; pero la otra, en que yo me extasiaba, esa vivía. Ella y yo lo sabemos; estuvimos tan juntos, y callados, y a solas.

En ella obscurecía. El delicado abismo de su carne incolora, recogíase en ese ahondamiento que engrandece el espacio, cuando, aliviado de la alucinante intrusión del sol, consigue ensimismarse, y tornarse, por ende, más puro y más sincero. Así crecen los ojos

a la virtud del acto con que el entendimiento entiende. Así, las soledades, hácense sin fondo cuando el silencio cunde. Entonces, las estrellas despiertan, las voces se matizan, y el universo mundo es como amante comprobando, extrañado, que el lloro tiene azúcar, en el instante en que los ojos que ama sostienen su mirada.

Sino que en el agua se extremaba la noche, se extremaba.

Fuera preciso concebir un valle de quietud, en donde, por un raro prodigio, un día siguiera anocheciéndose, estrella tras estrella, hasta quedar ciego de todas; y que así como el caer del sol determinó a su término el surgir de los luceros, el irse sembrando, allá en

el alto valle, cada uno de éstos, revirtiera cosecha con fructificación centuplicada.

No sé decir ya más; no cumple ni a mi agitación ni a mi debilidad actuales, poder decir ya más ahora; sino que, en una palabra, así como en la mente entra el dormir, a veces con ensueños, así, en el agua, entraba la tiniebla imaginando luces. Y sus luminescencias se elevaban a tan imponderable contextura, que apenas creo temeridad pensar que más allá no debe ser sino el delgadísimo elemento de que está hecho el secreto impenetrable.

Oh, agua, que en tu simplicidad obtienes, para consuelo mío, tu transparencia. Pero... ¿qué ángel ha pasado? ¿Qué ángel que no

pasa y cómo, si no era como un río, ahora en un momento me ha dejado?

Y todo sólo porque acá en el mundo alguno quería algo; y vino, y a hurto, y por detrás, me dió unos toques. Algunos de esos suaves toques con que se usa volvernos a esto sórdido y volátil que los imaginativos débiles, o nada imaginativos, llaman la realidad. Es posible que no se me haya acercado por detrás, que el medio de que se valió, no fueran toques. Quizá oprimió mi brazo, quizá sólo tiró de la manga de mi saco, quizá ni siquiera me tocó y nada más dijo: Usted perdone, u, oiga, oiga, o, chist, chist, chist. Lo cierto es que cuando voltée, un desconocido puso en mis manos un sobre

pequeño y, simultáneamente, en mi oído, el confuso recado oral siguiente:

"Un señor, otro señor, uno que a mí me pareció medio femenino y otra persona, que sin duda lo es enteramente, es decir, y una mujer, a quienes no conozco, me han encargado en coro, o sea, al unísono o hablando a un mismo tiempo los cuatro, que entregase a usted esto, que le contara, por cierta, la mentira de que no me han mandado ellos; sino otros, y que, finalmente, le suplicara; pero hasta persuadirlo, que mientras yo no me haya ido y usted perdídome de vista, no desbarate el sobre ni comience a enterarse de su contenido".

Ay, bienaventurado, santo, benditísimo yo,

que en una de las más altas puntas del cielo y la inocencia, lo hice así tal y como se me pedía, y un poco más, pues para extenderme hasta la orilla en obediencia, incluso cerré los ojos, e ignoré, de la estrella de los vientos, por cual pico escapó el mensajero.

Y de este modo, a su debido tiempo, vi que el pliego a mi vista era el mismo guinda que había escapado del místico paquete de mi shakespeariano día anterior; sino que su escritura primera había sido espesamente tachada, y sus sitios blancos habían sido aprovechados para escribir lo que sigue:

Santo Señor Don Nicomaco Stetinius de la Flor y Florcitas: (alias: En la luna, o Estrellitas).

Si alguna vez os sentís presa de una necia melancolía, o de una alegría insensata, recordad, como quiere el maestro Horacio, que todos tenemos que morir. Lo cual aquí os ponemos, a fin de que no otorguéis desmedida importancia al hecho que, también aquí, nos proponemos os comunicar.

Antes de seguir adelante, dedicad —quizá os ayude— unos instantes a la meditación.

Mirad a vuestro alrededor; qué muchedumbre de hechizos y primores, qué recatado encanto, qué impenetrable y pura compostura en toda y cada cosa. De hecho, hay una inteligencia en torno de la nuestra. De hecho, la gran inteligencia envuelve la diminuta chispa de la nuestra, como el fulgor todo del cielo envuelve, al amanecer, la di-

minuta gota de rocío. Pero, a veces, es cierto, un polvillo cae. Entonces, si en la gota, todo el orden de su virtual imagen se ensombrece, si en el ojo, éste se quema, y la visión se empaña, y si en la inteligencia... ahora lo veréis: Vuestra mujer, la de ojos de luz de sol entre la lluvia, con el instrumento de uno de los dos canguros de vuestra pertenencia, os pone unos lindos cuernos, hasta ahora nunca jamás oídos, sidos, ni soñados. ¿Afirmaréis, por esto, que la armonía del cosmos se ha deshecho? Infinitamente encima de la nuestra, hay otra inteligencia, confiemos en que lo que a nosotros nos parece roto, sea visto con complacencia por la inteligencia indivisible, pues, de hecho no está roto. Ahora que, si os imagináis apto de juicio y os

arrogáis la última instancia, condenad el día en que nacísteis, maldecid la vida y renegad del cielo y de la tierra. Por lo que ve a nosotros, ni física ni moralmente estamos a vuestro alcance. Físicamente no, porque, a ver, alcanzadnos. —Jar, jar, jar—. Moralmente tampoco, porque, para excusarnos, podemos echar mano de excusas muy legítimas. Si insistís en que no somos más que unos intrusos, os rogamos consideréis con el mayor detenimiento, el argumento que a dar este emboscado paso nos impulsa. Nosotros no tenemos canguros amaestrados; pero tenemos una esposa aquí, otra en Galveston y otra —y he aquí lo verdaderamente grave—en Melbourne, no enumerando las amantes no legales, ni las novias a quienes hemos dado pa-

labra de casamiento con todas las solemnidades. Y como a todas ellas las amamos con todo el corazón, la vida es breve, y nos jactamos de mucho muy celosos de nuestro honor, tememos que del no por muy curioso, menos inconveniente ejemplo ofrecido por vuestra mujer, nos venga algún perjuicio.

Atentísimamente

R. P. Q. L. W. B. e hijos, S. A.

El primer efecto que la lectura del billete me produjo, fué como el del golpe dado por cosa sumamente veloz, que no se deja sentir. Y a poco se dice: Bueno, ¿y esta agua? Y se pasan los dedos sobre la parte en donde se siente la súbita humedad, y se añade: pero si no es agua, si es sangre.

No de otro modo, todavía sin el menor

dolor, mi alma se vió a sí misma toda bañada en sangre; y, en seguida, se sintió palidecer con una palidez mortal, no visible, ya que se daba y quedaba oculta bajo la anegación purpúrea. Más tarde hice visión de haber sido militar, y de que acababa de ser degradado. Haced cuenta: del público, y personal agente de la ceremonia de escarnio, se han marchado todos, y el soldado está solo, de pie, e inmóvil en la plaza pública desierta...

Tened piedad de él. En tal estado no es muy fácil saber mucho; se necesita un lapso.

Perdonad, pues, por un momento, a Nicomaco. Aguardad a que su voz pueda volver a obedecerle.

¿Quién ha estado en el aire, sin sostén, en el aire? ¿Quién se ha visto en la angustia de dar, de pronto, un paso en el vacío?

Un vuelco, un hundimiento, un desprendimiento, casi definitivo, de algo que normalmente se encuentra bastante alto y seguro en mí, y que, ahorita, la agonía no me deja saber nombrar ni definir.

Porque, en mí, hay algo vertical y gozoso, comparable a una arañita que pedalea en su hebra. Sube, baja, se balancea, de ordinario en paz; jamás supuso que pudiera caerse.

Ahora bien, en el momento crítico, como que la hebra de esa arañita se me reventó, y la arañita se sintió chafada, en forma tan intempestiva, que ni tiempo tuve de pensar en

que arrojara otra hebra. Cuando llegué a pensarlo —por si aun era tiempo— la arrojó; mas ya la triste había descendido tanto, que la hebra, arrojada, además, al aventón, no alcanzó ni acertó a llegar a parte en que pudiera pegarse su punta. Subió nada más hasta donde se consumió su impulso, y empezó a flamear suelta, al aire, a zaga de la araña. Otra hebra, y otra y otra, corrieron igual suerte.

¿De modo era que mi mujer, la de los forestales ojos con rayos de luz de sol, al sesgo entre la lluvia, la que a cualquiera hora parecía recién salir del río, acabar de llorar —pero licor sereno y fresco como el del alba— mi perla, mi estrellita, mi anteojo del mun-

do, mi agua, mi blancura, mi inocencia, me mentía?...

Ya toda mi energía se había ido arrinconando. Ya todos mis caballos, recelosos, olfateando la preparación del gran estruendo, habíanse congregado con la cabeza en alto y comenzaban a revolverse.

Fuera de mí, arrastrado por la violentísima onda trágica, eché a correr, yo solo, como toda una manada de caballos enloquecida.

Partí tan loca, tan desatentadamente, que aun mi sombra, la pobre de mi sombra que nunca me abandona, fué quedándose ahora rezagada, y antes, calculo, acaso antes de la mitad de mi carrera, renunció a seguirme, y, optando por reunírseme más tarde, se detuvo impotente.

En cuanto a mí, qué otra cosa hay posible, algún día tenía que detenerme.

Enfrente se elevaba, altísima, apuntando a sentido contrario que a este suelo, la afilada columna a que llaman —lapsus pópuli— de la libertad.

También enfrente; pero mucho menos alto, acostábase, bajísimo, el portero.

—Por favor levántese, roguéle, aquí le traigo este ramo de nenúfares, este alcatraz de nueces y estos dos vasos de pulque. Perdone la humildad del agasajo, y vea en él sólo una prueba de lo mucho que lo estimo.

—Gracias por el pulque—dijo incorporándose—. Cómo será usted pícaro. Ya sé; quiere

subir. Pase, pase con confianza. Considere esta columna como su propia casa.

Justamente eso, a eso, a lo que iba; a mirar a mi casa desde lo alto con ayuda de mis magníficos gemelos de que nunca me aparto; pues han de saber ustedes, si no lo saben, que con gemelos se ensancha lo lejano, y se acerca, y percibe muy claro.

Y, ay, por enésima vez en esta historia, ay de mí, por de pronto me enteré de que en el cobertizo en donde, mientras Dios lo quiso, tuve una pareja de canguros, no estaba sino la cangura. ¡Señor! no lo permitas. Que no sea verdad. ¿Dónde estará el canguro?

También vi que la cangura fruncía el hocico y retorcía las manos. Era claro, la po-

bre padecía, y no podía como yo, consolarse recordando que todos hemos de morir.

Ya, con muy graves lesiones, llena de rajaduras la vitrina de mi fe en mi mujer, bajé de la columna y penetré en mi casa. Y penetré, atribuyendo al piso de mis pies, la consistencia de la sombra del humo.

Las conocidas nubes, negras y huecas, de la debilidad, me envolvían de cerca. No vi que nadie me mirara entrar. La puerta de la pieza de mi mujer, la hallé cerrada. Quizá ahí ocurría aquello; pero, sintiéndome sin fuerzas para afrontar directamente una visión de escándalo, preferí ir a mi propia pieza, que era la siguiente, y hacer uso de uno de mis audífonos. Y no es que yo sea sordo; es que así como, sin ser ciego, tengo ca-

riño a los gemelos, del mismo modo, sin ser sordo, me gustan los audífonos. Pues han de saber vuestras mercedes, que con ambos objetos, ni mis ojos se cansan de ver, ni mis oídos de ver qué averiguan.

No oí rumor alguno, de catre, ni romántico. Para qué he de mentir. Sólo la apocalíptica guerra de mis pensamientos. Por fortuna, Dios está en todas partes. Llamad y se os abrirá, dice un libro que a mí me ha parecido extraordinariamente grande. Y dije: "Señor y Dios mío, Tú ves, perfectamente bien, que estoy llorando. Negártelo, sería ser avestruz, que dicen que mete la cabeza bajo el ala, y se siente invisible; pero, al mismo tiempo, también perfectamente bien, entiendes que no es por rebeldía".

"Yo amaba a mi mujer; pero está bien. Que en mí se haga tu santa voluntad. Yo, estas lágrimas, no las puedo impedir; son cosa de mis ojos, y mis ojos, tú me los diste así. Ante ciertas cosas, lloran. Con el jugo de cebolla, con el humo de holote, con los catarros, con otras muchas cosas, lloran, y yo no lo sé impedir".

"Espera un poco".

"También es cierto que dentro de mi ser acaba de quebrarse algo; pero ello debe ser algo sin ninguna importancia. Si algo valiera, tú, antes que nadie, lo comprenderías, y no permitirías su quebranto. Acaso mi alma, acaso mi cuerpo, acaso todo yo, para ya nunca rehacerme. Y ya ves, yo no pregunto qué

es mi cuerpo, qué es mi alma, qué es mi ser. Todo ello, sólo tú lo sabes, sólo tú puedes saberlo. En tanto, yo, después de observarme minuciosamente, he caído, primero en sospecha, y luego en comprobación de estar hecho a propósito y fin de no saberlo. Tampoco sé que sean canguro, ni avestruz, ni lloro, ni mujer, ni agua de inocencia que sublima, con su transluz, la gracia de los prados. Tú, a quien todo se ofrece transparente, a quien no es dada la opacidad ni la tiniebla; cuya vista no encuentra resistencia, y que ahí donde la mía es rechazada, haciéndome creer en las tinieblas, sigue, y en derredor no ves sino cristal y homogeneidad y concordancia; tú me ves, y como sabes lo que

ves, te complaces tanto en mi risa como en mi llorar; cual yo mismo haría, si acertara a mirar las cosas sin mampara. Pero ya que aunque mis ojos se detienen, yo no digo: creo en las tinieblas, concédeme una gota, o la esperanza de una gota de aquella íntima paz que sueles darme, cuando en secreto me hablas desde el rostro recóndito y puro de las fuentes, o el eterno descanso. A trueque, yo te ofrezco esta cosa que se me ha hecho pedazos, que tú sabes que igual te la daría si la tuviese entera; pero, pues no la tengo, acepta lo que tengo, estos pedazos".

Esto, no lo dije sin fuerza; pero siempre comprendido dentro de la debilidad que adolecía. Y lo dije inocentemente. En lo que sí, por encima de mis fuerzas, me sentía in-

teresado, era en averiguar quiénes fueran los autores del envío del pliego guinda, y también en llegar a determinar, a ciencia cierta, la inocencia o la culpabilidad de mi mujer.

En cuanto a lo primero, pensaba, si aquello era pensar, que lo eran algunos avestruces favorecidos del ministro; ahora perdidosos a causa de su desaparición, o algunos otros que desamaran, ya al canguro, ya a mi mujer, ya a mí, ya a todos tres, o a cualesquiera dos de entre los tres. Y en cuanto a lo segundo, por noches y por días no comí, ni bebí, ni dormí, ni desperté. Mi alma iba y venía, oscilaba igual que un péndulo muy hondo. Tan hondo, que tengo para mí que en su trayectoria, y con su dañosa punta, hería los negros valles al sin fondo —miniabis-

mo— de aquel microcosmos en peligro que era yo.

Atada a su varilla, la lenteja de péndulo de mi alma, allá volaba, como hasta el confín del valle por donde el sol del día del corazón habíase hundido. Luego volvía silbando, y a su silbo, se encogía, como el vientre de un aterrorizado, el suelo. Pasaba al fin, y allá tornaba, allá al confín en donde, el sol remiso, un nuevo día, al triste corazón no prometía.

Habría sido preciso que yo tuviera por vaso corporal, la media órbita inferior de alguna estrella, para que mi ánima, sometida a tan ancho movimiento, no saliese de mi cuerpo. Así que entre temor y esperanza tan

distantes entre ellos, mi cuerpo estaba ahí sin vida, ahí, tan sin vida, como muerto.

Vinieron y me vieron, y dijeron: —Buenas tardes, señor. Y tendieron la cama, y salieron.

Volvieron, y volvieron a verme, y dijeron: —Mira, se ha dormido. —Sst, cállate. —Ay tú, pero pues yo qué culpa tengo de que me rechinen los zapatos. Y de nuevo iban a salir; pero se detuvieron a añadir: —Pobrecito, vámosle echando una cobija encima. —¿Y de dónde la cogemos? —Aunque sea la de la cama. —¿No olerá a canguro? —No lo creo. Toda la mañana la tendí al sol. —Bueno, entonces, vamos echándosela. —¿Y cómo, mira, cómo vamos a poder echársela, si está de pie? —No le hace; préstala. Y me echaron

la cobija, y la cobija se plegó sobre mí, adquiriendo forma de paracaídas que desciende y no se abre.

Buena falta me hacía un objeto de éstos. No estaba dormido, —bien diferente es estar desconectado y desposeído del gobierno de los miembros— no podía hablar; pero me fué dado oír. No podía mover los pies, ni abrir los párpados, ni resollar; pero pude sentir la montaña que cayó sobre mí.

¿No olería a canguro?

La oscilación de mi ánimo cesó. ¿Qué otra prueba quería? Cesó así como cesa de avanzar una flecha, al pegar en el blanco. Sino que se rajó la tabla, se inclinó la flecha. Cual ave había venido, cual ave entristecida dobló el pico; cual ave a quien la vida deja, empecé a hundirme, hundirme, hundirme;

y mi paracaídas no se abría. Aquello era la muerte...

¿No olería a canguro?

Nicomaco, Nicomaco, ¿dónde está mi sombrero? Como decía Aristóteles.

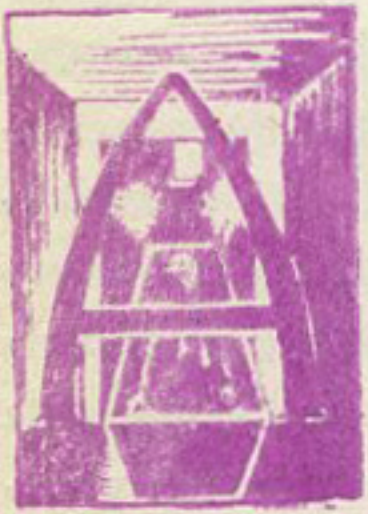
Ya no llore, señor, me parte el alma. Mejor venda el canguro.

Ahora vamos en la región donde acaba la más colgada hebra de la cabellera del más hundido y débil de los astros.

Aquí la inteligencia ya no alumbra.

Aquello, a nuestros pies, es la ribera que recoge las olas que ya no han de volver.

IV



veces, en la noche, se oyen pasos abajo. Fuera, corren rumores, se aventuran consejas; como dicen que espanta, ninguno osa entrar.

El polvo forma capa. Hay quien, incluso a hora tem-

prana, cambia acera para no pasar cerca. Y los moradores de las casas cercanas se han ido retirando una, dos casas, tres, más lejos, según se proporciona la ocasión.

Desde el caer del sol, nadie la nombra. Ahí, y en derredor, las lámparas han ido quemándose de viejas, y como nadie se ha tomado el trabajo de reponerlas, el barrio está hoy a obscuras, y entre el resto de la ciudad iluminada, imita, zurda, una isla ciega.

Ahora bien, de esta morada, yo no he afirmado que esté completamente muerta. Vamos a suponer que hasta su último arbusto se secó. Las hojas lo dejaron, la madera se hizo polvo; en suma, de él. a la vista, ya no hay traza ninguna. Sólo, en su raíz, la punta de una fibra ha estado indecisa entre vivir y mo-

rir. Pues así yo; vecino de un barrio abandonado y a obscuras, yaciendo casi totalmente exánime en el aposento más hondo, menos que medio, mucho menos, animaba esta casa. Y aunque en lapsos no oía, en momentos me parecía oír, muy leves y harto hondos, pasos abajo.

No podía abrir los ojos, no bastaba a producir resuello. Me dicen que llegué a estar helado, que por más de una luna llegaron a pensar que mi corazón había cesado de latir.

Desde allá, paso a paso, volví a ser, más o menos, una centésima parte del que soy, y no sabiendo si las causas de mi accidente habían permanecido ocultas o no, recuperé una centésima parte de mi vida —más o menos— y de mi vivir de siempre.

Y lo primero que hice fué expedir un anuncio:

> "Véndese un canguro. Nada de Leonardo, Esquilo, Shakespeare o Beethoven. ¡Creatura de Dios mismo! Tanta es su maravilla, que mi mujer, cuya conquista me llevó a mí varios años, ha cedido a los encantos de este mago en menos de mes y medio".

El anuncio fué puesto en la ventana, publicado en los periódicos y emitido por radio.

Me quedé sin dinero; y no volví a dirigir la palabra a mi mujer, ni ella a decir nada.

De quienes venían a vernos, en cuanto llegaban a hacerlo, unos se ponían a llorar tam-

bién, y otros mejor se iban al cine, al cabaret, a los títeres, al templo, a cualquier sitio, en fin, en que pudieran recuperar el perdido consuelo.

La primera ocasión que salí a la calle, materialmente me daba pena ir con aquellos ininterrumpidos chorros que salían de mis ojos.

Y sólo se me limpiaron, y no de lágrimas, de sombra, hasta el punto de un día en que al volver de una de mis salidas, encontré a mi martirio tendida en el lecho, en posición tan blanda, que creí que dormía.

Nada menos extraño; sino que un sobre con ribete de oro, visible sobre su pecho, por la región precisa bajo la cual el corazón se aloja, despertó mi interés, y dije: Acaso en-

cierra algún otro misterio; quizá la delación de otro engaño.

Y con grande malicia, presa de muy vil recelo, aprovechando su dormir tomé el sobre, lo deshice y comencé a leer:

"He visto, insensato, amado y loco esposo mío, que sufres. Herida y silenciosa, he sufrido contigo. Desde que me di cuenta de tus sufrimientos, la pena me inundó; y no supe hacer otra cosa que cavilar, cavilar y cavilar, anhelosa de encontrar la forma de aliviarte. A última hora, muy tarde para mis deseos, he pensado en escribir para ti esta misiva, rogándote no creas ser ciertas todas esas abominaciones que me achacas, y te doy testimonio de mi inocencia, con mi muerte.

Oh, qué alivio es, para mí, pensar que al fin he hallado un medio cierto de sacarte de la infernal amargura de los celos. Ya estaba clavándome el puñal, y todavía imaginé y puse luego en práctica, otro arbitrio; quizá aún más convincente que la ofrenda, que a tus pies pongo, de mi existencia.

Me entenderás, si quieres entenderme, en el martirio a que, aun sin odiarlo y violentándome a mí misma, sometí al que tú crees tu rival. Aun lo encontrarás con vida. Mátalo para que no siga sufriendo.

Ahora quedarás desengañado de que tu dicha me es más cara que la vida, y de que, la del canguro, me importa, como tantas veces te lo hubiera declarado, si me hubiera atrevido, una triste.

No dudo que ahora sí me crees.

De mí no te preocupes. Y no tomes para mi cuerpo una tumba de importancia, ni de gastos. Mi idea es que entre nuestro cuerpo, y lo que en nosotros es realmente algo, hay la misma relación que entre un ensueño vivo que nadie toca; sino el que lo sueña, y los excrementos de la cabeza que lo sueña; tales como los cabellos que nos cortan los peluqueros —y de los cuales nadie vuelve a ocuparse— y las nimiedades que expelemos por la nariz. Considéralo bien. Ya sin sensibilidad ni ensueños, de un muerto, toda la cabeza y todo el cuerpo no es sino el

excremento, lo sobrante, las cenizas quedadas en un horno donde hubo luz bella y calor útil. Preciosidades que una vez ardidas, nadie, aquí volverá a identificar o percibir, aunque se sepa que en el Universo, nada, aboslutamente nada, se pierde".

En esto va mi historia. Lo demás no lo sé; todavía no me lo cuentan. Aquí me traen a este parque de hospital; me pongo a ver el agua, y de ella saco, a duras penas, sustento para que la inteligencia luzca en mí, muy débil y durante muy breves instantes; luego me conducen a un cuarto en donde hay otros dos pacientes. No sé qué hora va siendo. Despierto y duermo; me llevan y me traen. Ya he dicho algo de cuando estoy despierto.

Ahora sólo quiero insistir, en que, pues pasé lo que pasé, y aun tengo noticias mías; debo ser inmortal. Y por lo que ve a cuando estoy dormido, últimamente he dado en soñar una escena que se repite incesantemente. En ella, me veo disponiendo la mesa que soporta mi ataúd, con esa entre adormecida esperanza y adelantado paladear el reposo, de que goza, quien, con infinita fatiga, prepara su propio lecho.

Tras encender, yo mismo, los cirios, colgar los lutos y distribuir las flores funerarias, entro en la caja; y con polvorienta voluptuosidad, muy semejante a aquella con que levantamos hasta nuestros hombros las sábanas tibias, que nos aliviarán del afán constante del día, y de las impiedades de las im-

pías noches de invierno, alzo y cierro la tapa.

Esta es ahora toda mi vida; y este es ahora mi único sueño.

Se acabó de imprimir el día 28 de febrero de 1946, en la Imprenta Claridad, de los Hermanos Ramírez. Portada e ilustraciones del autor.